

bles consejos que he escuchado de tus labios, y que te perdono, porque no puedes comprender todo lo que encierran de indigno y de ofensivo.

—Sin embargo, padre mio—se atrevió á decir tímidamente Valeria,—esa precaucion sería bien poca cosa.....

—¡Poca cosa!—replicó Saturnino con severo acento.—¡Poca cosa! ¿acaso es poco hacer retroceder al verdadero Dios, en la persona de su representante, ante esos ídolos malditos que son la personificacion de los demonios? Fortalecido con el amparo de Dios y defendido con la santa oracion, ¿habia de faltarme valor para desafiar á sus enemigos? Ese valor heroico que la defensa de su propia dignidad inspira á los hombres más vulgares, ¿no habia de tenerlo yo, cuando se trata de la Majestad Divina y del triunfo de su causa? No, hijas mias, no. En el día de mañana, como siempre, yo atravesaré por medio de la plaza del Capitolio, y si es ése el lugar que Dios ha señalado como término de mi peregrinacion y de mis trabajos, yo seré fiel á sus mandatos y acudiré sumiso á su llamamiento. No olvideis, sin embargo, que yo os espero en la casa del Señor, y que mañana es el santo día de la pascua en que los cristianos deben comparecer ante Dios, practicando el sacramento de la Comunion

y afianzando así los sagrados lazos que os unen á su Iglesia.

Saturnino se puso de pié despues de haber pronunciado esas palabras, tomó de manos de las jóvenes la blanca túnica de lino con que debia revestirse al dia siguiente, y salió de la casita al despuntar el alba.

Al mismo tiempo se deslizaba con precaucion un hombre á lo largo de la cerca que rodeaba el jardin, y bien pronto desapareció por entre las casas que se levantaban próximas á la orilla del Garona.

II.

Aquel hombre que escapaba, ó mejor dicho, que se deslizaba protegido por las sombras, era Cilo, á quien las últimas frases de Saturnino habian inspirado un infame proyecto que ardia en deseos de poner inmediatamente por obra. Al efecto, sin detener su ejecucion, se alejó de aquel barrio, donde no habitaban más que pescadores y marineros, y se encaminó hácia otra parte de la ciudad, ocupada casi exclusivamente por tejedores y obreros de las muchas fábricas de telas que existian por entónces en Tolosa.

En todas las épocas se ha venido observando constantemente que existe una no-

table diferencia de caracteres y de sentimientos entre los hombres que se dedican á trabajos mecánicos ó de manipulacion y aquellos otros que viven y se ganan el sustento con trabajos corporales y penosos; diferencia debida sin duda á la accion eficaz de estos mismos trabajos. Así vemos que todos aquellos cuya profesion ú oficio exige el violento empleo de grandes fuerzas físicas, son, por regla general, de un carácter más brusco, pero á la vez más prudente y moderado que el de los que se dedican á operaciones y trabajos sedentarios. Quizás los primeros agotan y consumen, por decirlo así, el germen de las malas pasiones por virtud de las fatigas corporales que sufren, mientras en los segundos se desarrollan y fecundan con el reposo los deseos más ardientes y desenfrenados; y si algunas veces una salvaje brutalidad se manifiesta en aquéllos, en cambio éstos otros practican siempre todos los vicios y son los representantes de las costumbres más disolutas.

Las ciencias morales han intentado explicar el fenómeno de esas diferencias, achacándolo al aislamiento en que se encuentra por lo comun el batelero ó el campesino durante sus faenas, aislamiento que da lugar, casi siempre, á meditaciones donde dominan sanos y honrados

pensamientos; en tanto que la reunion de muchos obreros en un taller provoca perpétuas discusiones, que destruyen y vician en sus espíritus los principios de virtud que debian dirigir sus actos.

Las ciencias médicas parece que nos dan mejor explicacion de ese resultado, atribuyendo que el desarrollo de las fuerzas musculares absorbe ó consume cierta parte de sensibilidad en el hombre dedicado á rudas faenas, y que, por el contrario, un estado ó una ocupacion sedentaria produce en la mayoría de las naturalezas la constante excitacion del sistema nervioso; porque se observa que las fuerzas físicas, léjos de acrecentarse con el trabajo de los talleres, disminuyen sensiblemente y concluyen por ofrecernos el aspecto de esos pueblos enervados, marchitos, lívidos, débiles y enfermizos, cuyos individuos, sin embargo, son esclavos de todas las pasiones.

Sea cual fuere la verdadera razon del hecho y de su causa, es lo cierto que ha sido así observado en todas las épocas y en todos los tiempos; y si Pausanias designaba el cuartel de los tejedores de Aténas como el teatro de las más pervertidas costumbres, llevadas á un exceso que no cometeríamos la inconveniencia de bosquejarlas, Cilo sabia tambien que encontraria

las mismas disposiciones entre los mismos hombres de Tolosa.

Es necesario, además, añadir otra observación, cual es la de que las ideas religiosas están más arraigadas ó son más fáciles de nacer en los hombres cuya existencia ó sustento depende de una tempestad y de una buena ó mala cosecha, que no en los que con tiempo bonancible ó borrascoso pueden sosegadamente calcular todos los días las probabilidades de sus ganancias y de sus recursos, según la cantidad ó medida de su trabajo. El marinero, el pescador, el campesino, cuyas riquezas ó miserias descienden visiblemente del cielo con el viento, la lluvia y los rayos del sol, dirige natural é inevitablemente todas sus miradas á ese Gran Poder desconocido que habita en las alturas. El obrero de taller, que tiene sabido lo que infaliblemente le producirá cada minuto del día, según quiera ó no emplearlo en su provecho, se imagina que puede pasarse muy bien sin necesidad de implorar los socorros de ese Gran Poder, y casi por lo común es en sí mismo en quien deposita toda su fe.

Dadas esas disposiciones comunes á todos los siglos y á todos los pueblos, debe comprenderse que la nueva religión de los cristianos hiciera más prosélitos entre esas

clases fuertes y sufridas, deseosas de estar siempre, por decirlo así, en contacto con el cielo, que no entre los que nada tenían que esperar de él, puesto que no debían temer ni aún los calores tan molestos para el trabajo, porque los tejedores tenían sus talleres en unas especies de cuevas ó sótanos, contruidos debajo de tierra.

De seguro que la limitada ilustración de Cilo no penetraba en todas estas reflexiones para encaminarse al barrio de los tejedores; pero en cambio sabía de sobra que allí era donde había de encontrar hombres turbulentos y sediciosos, para quienes el desorden y las asonadas serían un eficaz incentivo. Así, pues, tan luego como llegó á dicho barrio, penetró en una especie de figón ó taberna, donde ya se encontraban algunos de esos obreros, y en poco tiempo se reunieron otros muchos, según lo tenían por costumbre cuando se acercaba la hora de marchar á los talleres. Por la virtud de algunas monedas que Cilo gastó para convidar á unos cuantos, entabló bien pronto conversación con todos ellos; y aquel ente deforme y miserable, que en cualquier otro lugar hubiera sido objeto de desprecio y desvío de las gentes, fué acogido con benevolencia en la sociedad de hombres tan débiles y degenerados como él, y como él también lle-

nos de odio y envidia contra todo ser fuerte, ágil, robusto y bien conformado. Ellos y él se entendieron en seguida perfectamente, y habiéndose quejado algunos de la pobreza y escasez de los tiempos, lamentos constantes de todas épocas, y en todas las épocas lamentos fundados, Cilo achacó á la miseria que se padecía causas ú orígenes que fueron aprobados por todos con general asentimiento, porque de ellos nacian nuevos motivos de odio y nuevas necesidades de venganzas.

—Nada debe extrañaros ni sorprenderos,—decía—que las ricas telas no tengan hoy buen mercado y que el comercio, del cual depende vuestra subsistencia, toque á su completa ruina. Reparad cómo nuestros magistrados y ricos patricios reducen todos sus gastos y cada cual de ellos parece conformarse y estar muy satisfecho con su traje de jerga ó á lo sumo de paño; la púrpura y las telas de seda casi no se ven más que en los templos y en los espectáculos públicos: ¿y por qué? porque á unos cuantos miserables, que se dan el nombre de cristianos, les ha dado la manía de exaltar la pobreza y la humildad como una gran virtud, predicando que la abstinencia de todas las cosas agradables es el primer mérito del hombre.

Los obreros escuchaban con atencion,

apoyando los codos sobre la mesa en que Cilo les habia hecho servir algunos jarros de vino, y desde luégo demostraron su aprobacion á la primera parte del discurso de éste, quien convencido de ir ganando voluntades, continuó:

—Pero lo que áun es más lamentable es que el mal que amenaza reducir á la miseria más cruel una gran parte del pueblo, y ciertamente la mejor y más digna de atenciones, vosotros todos, amigos míos; lo que es áun más lamentable, digo, es que tal estado de cosas sólo se debe á la influencia y predicaciones de un solo hombre, contra quien no sería difícil alcanzar reparacion y justicia.

Todos miraron á Cilo con admiracion, y cien voces le demandaron que pronunciasse el nombre del magistrado á quien debia acusarse.

—No es un magistrado ni mucho ménos,—replicó Cilo;—es simplemente un miserable aventurero que sólo hace siete años que vino á establecerse en nuestro país. Vosotros, los que habitais aqui toda la vida, decidme: ¿qué cristianos habia en Tolosa ántes de su llegada? Sólo unos cuantos pobres marineros, especie brutal y salvaje, sin inteligencia, que no saben hacer otra cosa más que manejar un remo ó cargar con un fardo. Poco podía importaros

entonces ni el número ni la calidad de esos nuevos sectarios; mas hoy el atrevimiento y la audacia de Saturnino ha logrado que las más nobles y ricas familias escuchen y atiendan sus preceptos practicando sus doctrinas. Algunas de esas personas lo declaran así, sin temor ninguno: la mayor parte de ellas no se atreve todavía á profesar públicamente la nueva religion; pero los que no tienen el valor de confesarlo con sus palabras, lo atestiguan con sus acciones. Como consecuencia de todo esto, decidme, ¿qué ha sido de aquellas espléndidas fiestas en que todos pretendian sobrepujarse y vencer por su lujo y elegancia? ¡Ah! ¡ya hoy no estamos en aquellos tiempos! Entonces con sólo unas cuantas horas al día de trabajos poco penosos, asegurabais un jornal suficiente, y aún sobrado, para vuestras necesidades; mientras que ahora teneis que abandonar vuestros lechos ántes de la salida del sol y trabajais sin cesar todo el día, para fabricar una mercancía cuya venta es dudosa é insegura, por las razones que acabo de explicar.

— ¡Es cierto, es cierto! — exclamaron algunas voces; — si los ricos se convierten todos al cristianismo, ¿qué será de nosotros?

— Yo no puedo deciros cuál será vuestra

suerte — dijo Cilo; — pero en cambio puedo aseguraros que estais amenazados de una inminente ruina y de una espantosa miseria, si dejais escapar el último recurso con que os brinda la oportunidad en estos momentos.

— ¡Habla, habla! — gritaron todos.

— Lo que voy á manifestaros no es una mentira, ni una falsedad — continuó Cilo; — es, por nuestra desgracia, muy cierto, y todos vosotros podeis ser hoy mismo testigos de ello.

— ¿De qué, de qué? — volvieron á gritar todos.

Cilo conocia perfectamente todo el poder y la seduccion de una curiosidad hábilmente excitada; pero sabia tambien que no es conveniente en esos casos perder el momento ó la oportunidad de hablar. Así, pues, sin detenerse un instante, se levantó de su asiento, y apoyándose sobre la mesa en el centro de su auditorio, procuró dar á sus palabras una entonacion animada, y con voz familiar, como si hablase á íntimos y antiguos amigos, dijo:

— Veamos, camaradas: ¿quiénes son los que todavía compran las preciosas telas que fabricais y los que las pagan á crecidos precios? Únicamente los sacerdotes de nuestro culto, á quienes el lujo de nuestras solemnes ceremonias les prescribe

el uso de ricos y espléndidos trajes. ¿No es cierto?

— ¡Es verdad!... ¡Es verdad!— repitieron los tejedores.

— Hay también otros que todavía conceden alguna protección á vuestro trabajo y á vuestra industria: éstos son los que, fieles al culto de nuestros dioses, procuran dar esplendor y magnificencia á las ceremonias y sacrificios, concurrendo á estas solemnidades con ricas vestiduras; pero ¿cuál será vuestra suerte el día que tales actos y fiestas dejen de celebrarse, ó el día que no sean más que objeto de mofa y de desprecio?

— ¡Eso es imposible!— replicaron los obreros.

— ¡Ah! vosotros lo creéis así, porque no sabéis que hace ya algún tiempo que han enmudecido los oráculos y que los mismos dioses permanecen silenciosos, siendo en vano las consultas y las oraciones de nuestros sacerdotes.

— En efecto — exclamó uno de los tejedores, — yo he oído hablar algo de eso, que ha sido siempre el funesto presagio de alguna gran calamidad.

— Pues bien; ya sabéis que hoy deben ofrecerse importantes sacrificios á Júpiter y á Diana, para que se aplaque la cólera de estas divinidades, y se espera que, por

virtud de la sangre esparcida sobre sus altares, nos sea devuelta su protección; pero se espera en vano, mientras permitan que viva un hombre que se jacta de hacer enmudecer á nuestros dioses.

— ¿De hacerlos enmudecer?...

— Ciertamente; y ese hombre es Saturnino, el cual ha prometido con los más execrables juramentos que, al atravesar hoy mismo la plaza del Capitolio, ahogará la voz de nuestros oráculos en el momento que se le antoje, merced á los sortilegios y brujerías que ha de emplear.

Todos se miraron con espanto unos á otros, y ya se disponían á preguntar á Cilo de qué medios se había él valido para saber eso; pero el muy astuto, anticipándose á unas observaciones que le hubieran colocado en grave aprieto, añadió con prontitud:

— Por lo demás, ya os he dicho, y os lo repito, que si alguno pone en duda mis afirmaciones, puede cerciorarse de ellas muy fácilmente, asistiendo hoy mismo al templo y observando los acontecimientos extraordinarios que sucederán cuando ese hombre funesto se presente en la plaza.

— ¿Y por qué nuestros sacerdotes no castigan al culpable?

— ¿Cómo quereis que lo castiguen cuando les consta que Saturnino goza la pro-

teccion de los magistrados? Seguramente que nuestros sacerdotes tendrían el valor necesario para intentar librarnos á todos de ese miserable, si contáran con un apoyo tan eficaz como el que vosotros podriais darles; pero ¿quién de vosotros les prestará ayuda?

— ¡Todos, todos! — gritaron los obreros. — A la hora de las ceremonias nos encontraremos todos en la plaza del Capitolio, dispuestos á cuanto sea necesario.

A estas promesas siguieron las amenazas más terribles contra Saturnino, y poco á poco la excitacion producida por el vino y por las peroraciones de Cilo inflamó en los corazones de aquellos hombres un furor que bien pronto se comunicó y extendió por el barrio entre todos sus compañeros.

Cuando los vió Cilo en aquellas disposiciones, que juzgó favorables á su proyecto, separóse de ellos y se encaminó á la morada del Gran Sacerdote de Júpiter.

Dicho pontífice era un hombre que habia desempeñado en la colonia los cargos de questor y de edil, sin otros méritos que los de la nobleza de su nacimiento y familia; pero habiendo demostrado su incapacidad para el ejercicio de tales funciones, se le habia encomendado aquel título religioso con el objeto de satisfacer su vanidad,

poniendo coto á sus ambiciones. Sin embargo de esto, Laertes, que así se llamaba el Gran Sacerdote, se mostraba descontento porque sus atribuciones realmente no le concedian autoridad ninguna en el órden gubernativo n. en el judicial, y estaba, á decir verdad, algo celoso de la que veia ejercer por otros hombres de inferior clase que la suya. Con este motivo habia procurado captarse las simpatías del pueblo y conquistar sufragios con la pompa y magnificencia de los sacrificios que frecuentemente ofrecia á los dioses; pero no por eso conseguia ver más concurridos los templos, y si habia hecho que enmudecieran los oráculos divinos, habia sido tan sólo con la intencion de dar á entender que las divinidades manifestaban así su enojo por el poco caso que se hacia de un hombre de sus prendas.

Cuando le anunciaron que Cilo pretendia de él una audiencia, acababa de arreglar las últimas disposiciones de las ceremonias que tenia preparadas. Aquel dia debian los dioses manifestar su voluntad: favorables augures habian anunciado que las divinidades estaban agrædecidas, ya hacia algun tiempo, á las ofrendas del pontífice, y los oráculos debian hacer al pueblo la revelacion de que Laertes era un hombre muy agradable á los cielos, y

que los negocios y empleos que se le confiarán, por el voto de sus conciudadanos, tendrían la protección de los dioses.

Era preciso que Cilo le hiciese variar todos sus preparativos y todos sus planes; y en efecto, el espíritu astuto y sutil de aquel hombre, pesando sobre la grosera y limitada inteligencia de Laertes, obró como una poderosa palanca, desviándole completamente de sus pensamientos sin grandes esfuerzos.

Para lograr este resultado empezó Cilo por lisonjearle, persuadiéndole de que era objeto del amor y de las simpatías de todo el pueblo, el cual sufría ya con impaciencia la administración y la autoridad de ciertos hombres á quienes se consideraba en general como usurpadores de cargos que él solo era digno de desempeñarlos. En seguida le explicó que si esos hombres se habían hecho abominables para la mayoría de sus conciudadanos era porque directa ó indirectamente protegían los progresos de la nueva religión. Con este motivo, y habiendo conducido Cilo la conversación al punto que le interesaba, repitió á Laertes bajo todas las formas posibles y más persuasivas, que el pueblo no tenía ya esperanzas en nadie más que en sus sacerdotes, y que estaba dispuesto á probar esos sentimientos con eficaz testimo-

nio, si él mismo quería provocar alguna manifestación en ese sentido. Finalmente, Cilo refirió á Laertes las mismas noticias que había ya esparcido en el barrio de los tejedores, denunciándole los propósitos de Saturnino y la insolencia y atrevimiento con que éste se jactaba de hacer enmudecer á los dioses.

Al oír esto asomó á los labios de Laertes esa sonrisa presuntuosa y fatua, propia de todo hombre necio, y respondió:

— ¡Bah! Los dioses hablarán cuando á mí se me antoje y siempre que yo quiera.

— ¿Quién lo duda? — replicó Cilo. — Pero si los dioses hablasen podría creer el pueblo que se había por fin aplacado la cólera de los cielos, y no infundiría ningún temor ni la conducta de ese Saturnino, ni la de los que le protegen. Por el contrario, si se demostraba que los dioses guardaban silencio en su presencia, como él se jacta de conseguirlo con sus oraciones, no quedaría duda ninguna al populacho del funesto poder de ese hombre, de quien pronto había de tomar terrible venganza, y ya una vez desencadenados los odios y lanzados los ataques contra Saturnino, es indudable que serían envueltos los protectores en la ruina del protegido.

La esperanza de que esto pudiera suce-

der halagó en extremo á Laertes, quien, seducido por las observaciones de Cilo, llamó en el acto al encargado de presidir el órden de los sacrificios, para comunicarle nuevas y diferentes instrucciones de las que ántes le tenía dadas. Esto no significaba, sin embargo, que Laertes participase de la opinion que Cilo se proponia inspirarle, sino que su vanidad y su orgullo se habian excitado ante la idea de llegar á ser, bajo cualquier pretexto, el móvil de una manifestacion popular. Así, pues, sin tener para nada en cuenta la inocencia ni la virtud del hombre á quien iba á exponer á los furores de unos cuantos miserables capitaneados por Cilo; sin considerar tampoco las desgracias ni los conflictos que pudiera ocasionar un movimiento popular, que él era incapaz é impotente para moderarlo ó reprimirlo, cayó en los lazos que le habia tendido el delator.

Cilo tenía el instinto del mal y de la perversidad, y entre una buena ó una infame accion hubiera siempre dado la preferencia á esto último; pero á pesar de estar satisfecho en este sentido, pretendia ademas que su maldad no resultase estéril y que le produjese algo más que el ódio de aquellos á quienes sacrificaba, y que el desprecio

de aquellos otros á quienes fingia servir. Así es que cuando vió á Laertes interesado en el éxito de los proyectos que él habia formado contra Saturnino, abordó resueltamente la cuestion de la recompensa que esperaba obtener. La repuesta de Laertes fué tal como la habia previsto Cilo, que desde luégo estaba tambien dispuesto á no conformarse con ella.

—Te corresponden y debes obtener los bienes todos de la persona á quien has denunciado— le dijo el Gran Sacerdote

—En primer lugar—replicóle Cilo—los bienes que posee Saturnino se reducen al miserable albergue donde habita y á la casita ruinosa que él designa con el pomposo título de templo cristiano. Estos bienes serian, por tanto, una recompensa que no corresponderia dignamente al importantísimo servicio que yo voy á prestarte; pero tú ovidas, por otra parte, que áun esa mezquina recompensa me sería negada, porque no se trata aquí de una acusacion legalmente formulada ante los magistrados, de la cual se origina un juicio, en el que sale condenado el culpable á pagar el premio de la delacion: éste es un procedimiento muy distinto. Pudiera suceder tambien que el populacho hiciera pedazos al mismo Saturnino despues de haber demolido su casa y su iglesia, sin

que esto me produjese un óbolo (1), y sin que nada hubiera sobre qué reclamar. De tí, pues, únicamente puedo yo recibir lo que deba dárseme.

— Comprendo perfectamente lo que dices, y en verdad que no había tenido yo presentes esas razones; pero también quisiera que me demostraras cuáles sean las ventajas que me ofrezca el dejar que estalle una tempestad que puedo impedir exclusivamente con mi voluntad.

— ¿Qué ventajas? — replicó Cilo — ¿Y si la persona que ha convencido al pueblo de que tú eres su única esperanza volviese á decirle que tú eres, movido de tu ambición, quien haces enmudecer á los dioses? ¿Y si se le demostrase á las masas que en vez de servir sus intereses, cuando pretenden desembarazarte de un sedicioso, tú te muestras débil y cobarde, abandonando la causa del pueblo y la tuya propia? ¿Crees tú que ese pueblo inconsecuente y voluble no acudiría de seguida en busca de ese Saturnino, que predica sin cesar inculcando las ideas de que para los pobres es el reino de los cielos? ¿No consideras que ese mismo pueblo acudiría en tropel á tributarle los dones y homenajes que tú no

(1) Moneda ateniense aceptada en Roma, que equivalía á seis maravedís de la nuestra. — (N. del T.)

quieres asegurar á costa de un pequeño sacrificio? ¿No meditas que tras eso alcanzará Saturnino los sufragios para ocupar los puestos á que tú aspiras, y añadirá á la humillación que ahora sufres al verte preferido por hombres que no te igualan ni en nacimiento, ni en ciencia, ni en fortuna, la más cruel humillación de verte también postergado por un miserable extranjero, que se mofará de tí cuando escale las gradas del tribunal cuyo asiento debieras tú ocupar?

— ¿Pero quién puede decir todo eso al pueblo? — exclamó Laertes alarmado y estupefacto.

— ¡Yo! — respondió Cilo con la mayor insolencia y desfachatez. — Yo he sido comisionado por el pueblo para venir á conferenciar contigo, y estoy obligado á comunicarle tu contestación. ¿Piensas acaso que yo me hubiera atrevido á llegar hasta tí si no fuera el intérprete de la opinión pública?

Laertes abrió desmesuradamente los ojos manifestando su asombro por haber sido objeto de las esperanzas del pueblo, sin que él mismo se hubiera podido apercebir de ello.

Después que se hubo repuesto un poco de su sorpresa, tomó un aire de ridícula importancia, y dijo á Cilo:

—¿Y puedes decirme quiénes son los dignos y respetables ciudadanos que han puesto en mí sus esperanzas?

—¿Crees que sería prudente, por mi parte, que yo te los nombrase, cuando todavía no me has dado garantías de que no sólo apruebas sus proyectos, sino que estás dispuesto á secundarlos?

—¿Y cómo podrán ellos saber mi resolución?

—Todos darán fe y crédito á las promesas que yo les haga en nombre tuyo.

—En ese caso, yo te autorizo para decirles todo cuanto tú consideres conveniente.

Laertes pronunció estas últimas palabras queriendo poner término á su conferencia con Cilo; pero éste, en vez de abandonar la estancia, como Laertes habia creído que lo hiciera, permaneció de pié delante del Gran Sacerdote, el cual se vió precisado á preguntarle qué otra cosa deseaba todavía.

—Yo tengo precision—respondió Cilo—de poder hablar á los que me han enviado en estos términos:—«No solamente aprueba Laertes vuestros proyectos, sino que además desea recompensar vuestros servicios, y ved ahí lo que me ha encargado que distribuya entre vosotros.»—Si yo pudiera hablarles de esa manera y

mostrarles una bolsa como la que estoy viendo sobre aquella mesa, cuyo dinero distribuiria entre ellos, no podrian ya dudar de tus buenas intenciones, y tú serias, no solamente el honrado y virtuoso Laertes, sino el divino Laertes. ¡Oh!... ¿quién sabe entónces hasta dónde podria elevarte el favor popular de las masas, exaltadas y seducidas á costa de tan pequeño sacrificio? El divino Julio César, que fué, como tú lo eres ahora, Gran Sacerdote de Júpiter, obtuvo por medios idénticos la dignidad consular que le habia sido negada muchas veces, y si luégo llegó á ser dictador, debiólo, en primer lugar, al mérito de sus liberalidades y al irresistible poder de los dineros que distribuyó.

Las absurdas esperanzas en que se inspiran los necios exceden á todo cuanto pueda imaginarse un hombre honrado y de recto juicio; pero la astucia de los que se ejercitan en el comercio de las adulaciones, tiene muy aprendido que éstas son siempre acogidas con agrado en el ánimo de los mentecatos, por muy estupidas y exageradas que ellas sean. Las palabras de Cónsul y de César aturdiéron materialmente á Laertes y le fascinaron. Desde aquel momento sólo vió en Cilo al único hombre que le tributaba los honores y la consideracion á que él mismo

se juzgaba acreedor, y exclamó en un arranque de frenético entusiasmo.

— Tú eres el hombre que yo necesito, y no puedo ya dudar que los dioses te han concedido la facultad de penetrar en mis intenciones y pensamientos. Estos estúpidos habitantes de Tolosa no juzgan del mérito de ciertos hombres más que por sus actos en el desempeño de un cargo mezquino y de reducidas atribuciones, siendo incapaces de comprender y de apreciar el genio y la superioridad de los que pueden aparecer como inhábiles ó poco aptos, para llevar la cuenta de los pequeños gastos de una ciudad, cuando poseen dotes y sabiduría para gobernar un imperio.

— Y tú eres el hombre en quien yo reconozco esas condiciones— dijo á su vez el astuto Cilo.— Ya hace mucho tiempo que te observo y estudio, viéndote marchar con tus proyectos por la senda de la fortuna y de la gloria. Con el reducido poder y con la mezquina autoridad que representas has conseguido, sin embargo, que todas las miradas se fijen sobre tu persona; y el silencio de los dioses, que es obra tuya, ha sembrado el espanto y la alarma en Tolosa. Considera, pues, si tuvieras un poder más directo, y si dispusieras de las legiones ó del gobierno de la

colonia, todo lo que podrias intentar con tales elementos, cuando tanto y tanto has conseguido ya sin otros recursos que tu genio. ¡Oh, Laertes! no dejes escapar la gloria y los honores que te están reservados: ha llegado el momento de realizar todas tus esperanzas: ¡hoy ó nunca! Yo te ruego en nombre del pueblo que nos demuestres á todos ser digno de los juicios que hemos formado de tí.

— Vé sin detenerte, gritó Laertes, tomando la bolsa de dinero que estaba sobre la mesa y entregándola á Cilo.— Agrega á esa suma estos otros donativos, añadió, poniendo en sus manos algunas joyas que sacó de una preciosa caja.— Vé, pues, y ten la seguridad de que en el día del triunfo no he de olvidar al hombre que ha sido el primero en reconocer mis méritos y en vengar la injusticia de que hasta hoy he sido víctima por parte de mis conciudadanos.

Cilo se alejó precipitadamente dirigiéndose, no al barrio de los tejedores, sino á la guarida que le servia de habitacion, donde ocultó cuidadosamente el oro y los presentes que habia recibido de Laertes. Allí á sus solas se mofaba de la necesidad de éste, cuando su avaricia y concupiscencia le hicieron meditar que no habia sacado de aquel hombre todo el provecho de que po-

dia utilizarse. Insistiendo en estos pensamientos, empezó á considerar como una recompensa mezquina el dinero y las alhajas que habia obtenido, y se puso á estudiar los medios de que podria valerse para explotar de nuevo á Laertes; pero no encontrando ninguno eficaz para inducir á éste á que hiciese más sacrificios de los que habia hecho, se le ocurrió la idea de utilizar contra el gran sacerdote los proyectos que él mismo le habia sugerido. Esto no solamente era posible, sino en extremo fácil; pues bastaba formular una denuncia á los magistrados, probándoles que Laertes fomentaba una sedicion popular. Esta prueba, que era difícil ofrecerla si la denuncia se hacía ántes de que ocurriera algun suceso extraordinario, sería innecesaria y por sí sola se presentaria si se dejaba estallar el movimiento. Cilo salió, pues, de su morada proponiéndose obrar segun lo aconsejasen las circunstancias, hallándose dispuesto á aprovechar la primera ocasion favorable que se le presentase para perder á Laertes en el momento mismo que éste se comprometiese con algun acto público.

Existen ciertos caractéres que parecen inexplicables. El de Cilo calculando con estoica sangre fria lo que podria producirle la muerte de Saturnino y más tarde la

del mismo Laertes, pareceria tan inverosímil como odioso, si la historia no nos presentase el ejemplo de otros semejantes.

Bajo el gobierno de los emperadores habia llegado el pueblo romano á tal grado de vicios y de desmoralizacion, que la delacion habíase convertido en un oficio que se profesaba descaradamente; pero lo que no se comprende, lo que no se explica y lo que excede á la idea de inmoralidad que pueda formarse de aquella época, es que continuase ejerciéndose tal profesion, cuando ya no sólo no producía utilidades ningunas, sino que, por el contrario, acarrea perjuicios y desgracias. Cuando algun tiempo despues, queriendo los gobiernos extirpar el vicio de las delaciones, se publicaron rescriptos imponiendo la pena de muerte á todo aquel que delatase á un conciudadano, esto no detuvo ni atajó las consecuencias de aquel vicio, que se habia convertido en pasion y en delirio, viéndose á muchos que compraban gustosos, á costa de sus propias vidas, el mal que se proponian causar á sus enemigos, formulando contra ellos una denuncia.

Quizás no llegase á tanto nuestro Cilo, por efecto de su propia cobardía; pero puede juzgarse de la facilidad con que aquel hombre se decidía á ocasionar males, cuando éstos le proporcionaban algun

provecho, si se tiene en cuenta que las vidas de muchos habian sido inmoladas por su solo placer de dañar.

III.

Entre tanto, habia llegado la hora de las ceremonias, y mientras que por una parte se llenaba de fieles el pequeño recinto de la iglesia cristiana para asistir á la solemne celebracion de la Santa Pascua, una multitud considerable de gente se encaminaba en direccion á la plaza del Capitolio y se agolpaba junto á las puertas del templo de Júpiter.

El aspecto que ofrecian ambas reuniones era, sin embargo, bien contrario; porque en la primera podia contemplarse un solemne recogimiento, un humilde silencio, gentes vestidas con pobreza, aunque con decoro y decencia, y en la segunda se observaba una mezcla de lujosos trajes y de vestidos harapientos, unos y otros llevados con impúdico talante por aquella muchedumbre inquieta y turbulenta, que lanzaba gritos desenfrenados é insultantes.

Otro contraste á un más característico las distinguia. Los cristianos veian retrasarse la hora en que debia llegar su pastor ó sacerdote, y léjos de murmurar por ello, estaban alarmados y temerosos; mientras

que el populacho que invadia la plaza del Capitolio daba escandalosas muestras de su impaciencia y exigia con desaforadas vociferaciones que diesen principio las ceremonias.

Por fin abriéronse las puertas del templo pagano, y precipitóse dentro de él una avalancha de ciudadanos, quedando una gran parte de ellos en el peristilo y gradas del edificio. Podia fácilmente adivinarse, por la actitud de estos últimos, que algo extraordinario debia suceder en el exterior del templo.

Acto seguido, estando colocados los sacerdotes inmediatos al altar, penetraron por una puerta lateral los sacrificadores, conduciendo varios toros de extremada fiereza, á cuyas bestias contenian con gran trabajo, á pesar de las trabas y fuertes yugos que las sujetaban. Pronunciadas que fueron las invocaciones de costumbre, dió Laertes la señal, levantando en alto el baston de marfil que tenia en la mano, y uno de los sacrificadores descargó un tremendo golpe de maza en la cabeza de una de las reses, que cayó atronada para que otro sacrificador le hundiese en el cuello una ancha cuchilla de bronce. La sangre que brotó de la enorme herida fué recogida en un vaso sagrado, y con aquel humeante licor regaron el altar de los dioses.